



Los lobilleros posan alegres durante su fiesta agosteña

Orgullo “Obillero”

La popular aldea revive y cobra protagonismo mediático al calor de su fiesta agosteña

AURELIO MAROTO ▼

Un buen amigo nos lo dijo hace poco: “Ya era un mocete cuando descubrí que el nombre de la aldea empezada por ‘L’. Hasta entonces, pensaba que el célebre poblado se llamaba “El Lobillo”, y de ahí el sobrenombre de “Obilleros”. Ignoramos si la génesis de tal denominación se inspiró en algún lobo pequeño, que en todo caso sería lobezno, pero la realidad es que “El Lobillo” representa parte de la esencia del solanerismo **más puro. Gentes de campo, agricultores de raza, cazadores...**

El Lobillo es un paraje curioso. Está lejos de La Solana, a unos 24 kilómetros, al que se llega tras cubrir una larga, sinuosa y estrecha lengua de asfalto. Ni siquiera pertenece a nuestro término municipal, sino al de Argamasilla de Alba. Cuesta pensar cómo y por qué se asentaron nuestros antepasados en este paraje, en tiempos donde no había **motores**, sino carros de varas y caminos angostos.

Llegar se haría eterno. Y tal vez por eso, y por la productividad de aquellas tierras de cultivo, se construyó una casa, y otra, y otra más. Así, hasta formar un gran caserío donde cada cual se iba de quintería. No es de extrañar que se desplazaran familias enteras de temporada y que muchos niños dieran sus primeros pasos correteando por los alrededores.

Han pasado los años y El Lobillo, igual que su vecina, La Calera, no sólo no

ha sido abandonado, sino que redroja al calor del denuedo de varias familias solaneras que se resisten a marcharse para siempre. Remozan sus casas, que han cambiado alacena por frigo, camastro por somier, basurero por cuarto de baño, silla de enea por sillón de diseño, y chimenea por vitrocerámica. ¿Una estirpe? No, pero se le acerca. Son los “Obilleros”. Y lo llevan a gala.

Lo que empezó casi de broma

El pasado 14 de agosto, GACETA volvió a ser testigo de la fiesta mayor de El Lobillo. “Empezamos casi de broma; unos pocos dijimos de hacer unas paellas y mira, llevamos seis años y cada vez viene más gente” –nos dice Prado Mateos-Aparicio-. Vicente Guerrero “Chocolate” es otro *obillero* de siempre. “Se puede decir que casi nací aquí, y me da mucha alegría porque recuerdo a mis antepasados y pienso lo que disfrutarían viendo este ambiente”. Aún recuerda cuando se alumbraban con candiles y aquellas largas estancias de temporada. “Nos tirábamos aquí veranos enteros con la familia”. Rafael Palacios “El Pesca” también aprendió a caminar entre esas callejuelas terregosas. “Llevo viniendo al Lobillo 62 años, que son los que tengo”. “Para nosotros es un sentimiento de grandeza y amor propio mantener las raíces de aquí”.

Hace seis años montaron la primera fiesta agosteña. Rafael fue uno de los promotores, “pusimos 25 euros cada uno, hicimos varias paellas y quedamos contentos”. Al año siguiente, lo mismo.

Pero todo tiene un límite: “nos hartamos de preparar tanto y dijimos ‘el año que viene, tipo Castillo’”. Desde entonces, cada cual lleva instala sus mesas, sus sillas, trae a sus invitados y prepara sus viandas. Lo dicho, tipo romería, lo cual no quita responsabilidad y trabajo a los promotores. “Para mí se quede. Llevo preparando toda la semana” –nos decía Vicente-. Hay que preparar un equipo de música, poner banderitas, colgar la pancarta, comprar los cartones del bingo... “Adornamos unos días antes, siempre los mismos claro” –ironiza el amigo Chocolate-.

Futura pedanía

Hay que avisar al Ayuntamiento de Argamasilla, que facilita el alumbrado, como nos cuenta Prado. “La verdad es que colaboran con nosotros, aunque lo suyo es que pongan luces fijas” –nos cuenta Prado-. En una entrevista concedida a Radio Horizonte, el alcalde de Argamasilla, Pedro Ángel Jiménez, se comprometió a instalar luces y arcos definitivos para esta fiesta. Y reveló que el estudio del nuevo Plan de Ordenación Urbana de esta localidad incluye convertir El Lobillo en pedanía. En ese momento, la Corporación Municipal argamasillera tendría que elegir alcalde, o alcaldesa, pedánea.

Entre tanto, los más veteranos ven con alegría cómo el poblado sigue vivo. Casi emocionados, se sienten plenos viendo cómo sus hijos “apañan” la casa. O cómo sus nietos corretean felices por allí. El orgullo *obillero* permanece intacto.*